

CAPÍTULO II.

LOS HOHENSTAUFEN.

SECCION I.^a

FEDERICO BARBAROJA Y ALEJANDRO III.

§ I.—Objeto de la lucha.

La lucha de Enrique IV y Gregorio VII no es más que el prelude de los combates seculares del sacerdocio y del imperio. Para terminar la cuestion de las investiduras, el concordato de Worms hace una transaccion entre el sistema de independencia absoluta de la Iglesia y la antigua dependencia de la aristocracia episcopal; pero no se transige en punto á principios. El papado y el imperio están fatalmente condenados á la lucha; una fuerza irresistible empuja á los emperadores á resistir á los papas, y á éstos á debilitar y dominar á los emperadores. Enrique V sube al trono, habiéndose sublevado contra su padre; la Iglesia consagra la traicion, casi el parricidio; creeriase que el crimen debia ligar al emperador con la santa sede; pero el hijo de Enrique IV, más duro, más imperioso que su padre puso la mano sobre el vicario de Cristo; el defensor á quien la Iglesia cuidó y alimentó se convirtió en su más mortal enemigo. Despues de la muerte de Enrique IV, el pontificado rechaza á los Hohenstaufen del trono y llama á un hombre de su eleccion; ¿cesará por esto la lucha? Apenas coronado Oton, sigue la política imperial; é Ino-

cencio III, que le ha exaltado, se ve obligado á excomulgarle, y el papado ofrece el mismo espectáculo. La silla de San Pedro impone doctrinas invariables á los que la ocupan; poco importan las opiniones anteriores del elegido; aquel que hubiera sido amigo del emperador será su enemigo; Inocencio IV, siendo cardenal, sigue el partido de Federico II; hecho papa, persigue al emperador y su familia con un encarnizamiento inaudito; no puede haber papa gibelino, dice Federico (1). Los principios tienen sus exigencias, más inexorables que los odios personales; los enemigos pueden reconciliarse, pero los principios jamas.

Este rigor de las doctrinas que caracteriza la lucha del imperio y el pontificado le da un interes dramático; parece la ciega fatalidad que pesa misteriosamente sobre la tragedia griega. Gregorio y Enrique IV mueren igualmente en su empeño; el

(1) Cuando se anunció á Federico II la eleccion de Inocencio IV, sus cortesanos se regocijaron de ver á un amigo del emperador promovido al pontificado. Federico, más previsor, dijo: «He perdido un amigo entre los cardenales, y tendré un enemigo en el papa. Ningun papa puede ser Gibelino» (Véanse las pruebas en RAUMER, *Geschichte der Hohenstaufen*, t. IV, p. 62).

emperador muere desesperado por la traicion de su hijo; pero deja vengadores en la heroica familia de los Hohenstaufen; el papa, aun muriendo en el destierro, victima de la injusticia, tiene plena confianza en su causa, porque cree que es la de Dios. Federico I, despues de haber combatido como héroe tiene que doblegarse ante Alejandro III; pero todo parece ceder ante su hijo, cuando la santa sede está ocupada por un débil anciano. Enrique VI, señor de Italia y Alemania, tiene al papa y á la Iglesia bajo su mano; va á realizar la ambicion del imperio, va á ser señor del mundo. ¿De dónde vendrá el salvador? La Providencia interviene. Enrique VI muere en la flor de su edad, é Inocencio III sube al trono de San Pedro; el mundo occidental es gobernado por el papa, que domina á los reyes por el poder del genio y la influencia de la opinion, no encontrando adversario que pueda oponérsele. Los Hohenstaufen son separados del trono imperial; pero la fatalidad, más fuerte que el gran papa, le obliga á elevar por sí mismo al trono del imperio el hijo del odioso Enrique VI, y vuelve á comenzar la lucha. El valor de Federico II le sostiene durante un largo reinado contra los ataques del pontificado; pero muere excomulgado, y la maldicion cae sobre toda su raza. Ya no hay tregua entre los papas y los Hohenstaufen hasta que el hacha del verdugo haya cortado la existencia del jóven Conradino, cuyo acto pone fin á tan sangrienta tragedia.

Más adelante diremos cuál es el sentido de esta lucha á muerte; desde luego se ve que era necesaria, inevitable; era fatal en el sentido de que se desprendia lógicamente de los intereses y de las pretensiones del papado y del imperio; los emperadores no podian sufrir la dominacion de la santa sede, y los papas no podian someterse á la dominacion imperial; doblegándose, habian abdicado unos y otros derechos que consideraban divinos, y no se renuncian voluntariamente semejantes derechos; se combate por sostenerlos hasta la muerte. Los enemigos del papado no han tenido en cuenta la posicion que la fuerza de las cosas creaba á los vicarios de Cristo, y los han censurado amargamente las largas guerras del sacerdocio y del imperio como el delirio de la omnipotencia (1). Los

(1) *Cartas sobre la Historia*, t. II, p. 222: «El delirio de la omnipotencia temporal de los papas inundó la Europa de sangre y de fanatismo durante cerca de cuatro siglos.»

católicos, no sabiendo qué hacer con esta sangrienta herencia la han repudiado: «Es falso, dice *De maistre* (1), que haya habido una guerra propiamente dicha entre el sacerdocio y el imperio; esto se dice incesantemente para hacer responsable al sacerdocio de toda la sangre vertida durante aquella gran lucha; pero lo cierto es que fué una guerra entre la Alemania y la Italia, entre la usurpacion y la libertad, entre el señor que trae las cadenas y el esclavo que las rechaza, una guerra en la cual los papas cumplieron con su deber de *principes italianos* y de prudentes políticos, decidiéndose por la Italia, puesto que no podian favorecer al emperador sin deshonorarse ni aún intentar la neutralidad sin perderse.»

La historia rechaza este sistema inventado para defender una mala causa; es evidentísimo que la lucha estaba comprometida entre el sacerdocio y el imperio; pero el papado no podia combatir á los emperadores con sus armas espirituales, y para vencer á hombres de hierro tuvo necesidad de la fuerza y la buscó entre los enemigos del imperio. Gregorio VII, á pesar de toda su audacia, no se habria atrevido ni habria podido atacar á Enrique, si una parte de la Alemania no se hubiera prestado á obedecer su voz. Alejandro III, Gregorio IX é Inocencio IV, en su encarnizada lucha contra los Hohenstaufen, se apoyaron en las ciudades lombardas. ¿Se unieron á esta liga como principes italianos? Cuando Federico Barbaroja fué vencido en Lignano, apenas eran los papas señores de Roma. No fueron principes temporales hasta Inocencio III. Gregorio IX é Inocencio IV persiguieron á los Hohenstaufen con un odio mortal, no como principes italianos, sino como vicarios de San Pedro. Cuando el poder de la casa Suabia y sus proyectos ambiciosos amenazaban la existencia del papado, los papas se defendian; y para defenderse se vieron obligados á echarse en manos de las repúblicas italianas; ¿fué por amor á la libertad? Apenas merece eso respuesta. ¿Quién no sabe que la libertad y el pontificado son incompatibles? ¿Quién ignora que el papado ha sido siempre el gran obstáculo para el establecimiento de la unidad y de libertad italianas? La libertad fué un instrumento en manos de Gregorio IX y de Ino-

(1) *Del Papa*, lib. II, c. VII.

cencio IV, como la aristocracia feudal lo había sido en las de Gregorio VII.

En el fondo, la lucha es entre el imperio y el pontificado. El emperador quiere la independencia del poder civil, quiere una verdadera monarquía. El papa quiere la dominación de la Iglesia; para él el imperio no debe ser más que una dignidad débil en su principio por la elección, dependiente de la santa sede por la coronación; una monarquía sin poder real. Alemania dividida entre un gran número de príncipes, incapaces todos de luchar con Roma, tal es el ideal del partido teocrático (1). Esto no es decir que no hayan complicado otros intereses la guerra del sacerdocio y del imperio. En tiempos de Enrique IV, Alemania llegó a ser definitivamente un reino electivo; la aristocracia feudal adquiere una existencia casi independiente; hé aquí el objeto de los príncipes alemanes aliados del papa; y para ellos la ambición del papado no es más que un accesorio, un instrumento; la alianza es una coalición; la liga lombarda se propone igualmente un objeto que no es el de la santa sede. Los Italianos quieren ser libres é independientes dentro de los muros de sus ciudades, no queriendo depender del papa ni del emperador; estos partidarios del jefe de la Iglesia están en guerra con sus obispo (2), y hasta protegen á los herejes (3). Admiremos los medios de que se vale la Providencia. Suscita aliados al papado, y aún cuando difieren en sus pretensiones, la causa común triunfa. El amor de la libertad que inspira á algunas ciudades es más poderoso que el poder de los emperadores; y gracias á esta coalición de las ciudades lombardas y de los obispos de Roma, sucumben, á pesar de su genio y de su valor, los enemigos más temibles que ha tenido el papado.

Tal es el doble interés que ofrecen estas luchas memorables. La libertad italiana tiene su grandeza, así como la ambición de la santa sede. Los Hohenstaufen representan el antiguo poder imperial

(1) GERHON (in Psalmum 64) no oculta que éste sea el fin de la política pontificia: «Haec imirum spectacula nunc regibus partim ablatis, partim diminuto eorum regno humilitatis, et exaltato sacerdotio, delectant spectatorem benevolum, torquent invidum qui ut amplius crucietur... succedet in seculari dignitate minoris nominis potestas diminutis regnis magnis in tetrarchias aut minores etiam particulas, ne premere valeant ecclesias et ecclesiasticas personas.»

(2) Véanse las quejas de Inocencio III contra las ciudades lombardas (Epist. VI, 45).

(3) Milan era un centro principal de la herejía (SCHMIDT, Hist. de los Cathares, t. I, p. 59).

que los legistas han resucitado con las compilaciones de Justiniano; allí han leído que la voluntad del emperador es ley, y pretenden aplicar á la sociedad germánica una máxima del mundo pagano. ¿Estará, pues, destinada la sociedad moderna á reproducir el despotismo romano con su inevitable decrepitud? El despotismo imperial, unido al imperio del mundo que los juristas reconocen al emperador, sería fatal á la humanidad; las ciudades lombardas ahogan en su gérmen esta monarquía universal, apoyándose en el papado y evocando los recuerdos de las antiguas repúblicas; es un movimiento irregular, confuso, muchas veces rencoroso y sangriento. Este espectáculo ofende á los espíritus que aman ante todo el orden y la uniformidad (1); pero el orden con el despotismo conduce á la muerte, y vale más el desorden con la libertad, porque la libertad es un elemento esencial de la vida, y en tanto que hay vida hay esperanzas de porvenir; verdad es que para que sea estable la libertad debe ser ordenada; Italia perdió la libertad por no haber llegado á conciliarla con el orden. La lucha de las ciudades lombardas con los Hohenstaufen no es ménos gloriosa; la sangre vertida por una noble causa no corre jamás en vano.

§ II.—Federico y la liga lombarda.

N.º 1.—Alemania é Italia.

Italia maldice á los Bárbaros que desde la disolución del imperio romano no han cesado de esplotarla y devastarla. Teodorico, á pesar de los beneficios de su reinado, no pudo reconciliar á los Italianos con la dominación extranjera, y éstos aplaudieron la caída de los Godos, por más que el sistema fiscal bizantino fuera mil veces más desastroso que la barbarie de los hombres del Norte, que, si han hollado á Italia, también la han regenerado. Los Lombardos se establecieron en ella definitivamente, y después vinieron los Francos, que reunieron á su imperio vencedores y vencidos. Para Francia y Alemania, la caída de la monarquía carolingia fué como la aurora del espíritu de nacionalidad. Italia trató igualmente de constituirse

(1) SCHOELL, Curso de historia, t. IV, p. 85, t. III, p. 187: «Para los Italianos, la libertad no era más que el derecho de desgollarse entre sí y de atormentar á sus vecinos.»

bajo reyes indígenas; pero el genio de la unidad había huido de la tierra de Roma. Los historiadores italianos confiesan que estos períodos de independencia fueron funestos á su patria; la discordia y la guerra, la ignorancia y la barbarie, unidas á una corrupción desenfrenada, hicieron de la Península como el foco de la desgracia y del vicio (1); incapaz de encontrar por sí misma la unidad, Italia la buscó en el extranjero. Los Italianos fueron los que llamaron á los Bárbaros; no pudiendo soportar la opresión de sus príncipes nacionales, suplicaron á Arnulfo, rey de Alemania, que los librara de aquellos tiranos (2), y Oton el Grande pasó los Alpes llamado también por los Italianos. Las hordas mercenarias al servicio de los emperadores griegos y los Sarracenos desolaban la Italia; no quedaba bastante patriotismo en los Italianos para poner fin á sus disensiones y unirse contra el enemigo común, y llegó á suceder que ellos mismos armaron los más feroces Bárbaros contra sus hermanos; la corrupción y una ambición egoísta envilecían las almas; los grandes laicos y eclesiásticos se dirigieron á Oton: ¡desgraciadas las naciones que para salvarse tienen que recurrir al extranjero! Si el rey alemán puso fin á las divisiones de los partidos, fué para subyugarlos bajo las leyes del imperio (3).

Los Italianos no podían soportar más la dominación extranjera, y no eran capaces de crearse una nacionalidad propia; estuvieron, pues, en guerra con los emperadores, con aquellos mismos que habían llamado. Oton dudó luchar contra los Romanos insurrectos; sus rudos guerreros, dice Luitprando, se arrojaron sobre los Italianos «como buitres sobre una bandada de pajarillos», (4); pero era más difícil reducir á los Italianos que vencerlos: después de la muerte del poderoso emperador, los Alemanes y sus partidarios se vieron obligados á huir de un pueblo humillado y oprimido. Oton III tenía la ambición de restablecer el imperio romano, y quería volver á la Ciudad Eterna á su antiguo esplendor rodeándose de consejeros romanos;

(1) MURATORI, Annali d'Italia, t. V, P. I, p. 272.

(2) «Arnulfus ex verbis Apostoli obnixè rogatur ut Romanam veniens, Italiamque sub ditione sua retinens, a tantis clamoribus tyrannis.» HERIMANNI AUGIENS, Chronic., ad a. 890. (PERTZ, V, 110).

(3) LUITPRANDI, De rebus gestis Ottonis, c. I (PERTZ, III, 340). —Chronic. Salertin., c. CLXIX (PERTZ, III, 553).

(4) «Quasi accipitres avium multitudinem.» LUITPRANDI, De reb. gest. Otton., c. XVI (PERTZ, II, 345).

pero ni aún estos sueños de gloria nacional lograron reconciliar á los Italianos con sus señores, y su odio estalló á la muerte de Oton, en que los Alemanes tuvieron que combatir para salvar el cadáver del joven emperador.

Oton III murió sin hijos. La extinción de la raza sajona parecía una ocasión favorable para sacudir el yugo de los Bárbaros. Los obispos y los señores laicos se reunieron en Pavia para elegir un rey italiano; pero apenas fué coronado el marqués de Ivree, ya la discordia arruinaba su trono; cuando Enrique II, el nuevo rey de Alemania, descendió á las llanuras de la Lombardia, los grandes, laicos y eclesiásticos, desertaron á porfía del lado del príncipe que habían elegido para bienquistarse el favor del más fuerte. Después de la muerte de Enrique II pareció despertar el espíritu nacional; pero era más bien el odio á los Alemanes. Los Italianos se humillaban de obedecer á un rey impuesto por las Bárbaros; pero desesperando de encontrar la salvación en ellos mismos, tuvieron que recurrir á extranjeros para defenderse del extranjero, y ofrecieron la corona al rey de Francia. La dominación alemana tenía también sus partidarios; aquellos á quienes la ambición ó el interés ligaban al imperio se dirigieron á Conrado, y el rey de Francia, asustado de semejante competidor, rehuyó. El duque de Aquitania, solicitado por los Italianos, pasó los Alpes; pero cuando, en vez de los sentimientos unánimes con que se le había adulado, encontró divisiones y odios, abandonó la Italia á su destino. Coronado en Pavia, Conrado tuvo la suerte de todos los reyes alemanes; insurrecciones incesantes señalaron su expedición romana. Italia quedó subyugada bajo la dominación romana, pero no la aceptó jamás. Toda coronación es una lucha, una guerra, y los reyes de Alemania reciben la corona de Italia manchados siempre con la sangre de sus súbditos.

¿Por qué ese afán en llamar al extranjero y tantas luchas incesantes contra él? Italia, desgarrada por las facciones, sentía la necesidad de una mano de hierro que le impusiera, si no la unión, al ménos el orden y la paz (1); pero la mano de hierro

(1) LANDULFI, Hist. Mediolanens., II, 22 (PERTZ, VIII, 58): «Cum Conradus Imperator Papie, circumstante exercitu, consedisset, universis qui ecclesiarum beneficia invaserant, aut qui homicidia injuste commiserant, aut orphanorum, aut viduarum pœdia devastando contriverant, et omnibus qui injuste a perfidis hominibus per aliquam causam cruciabantur, ut

que castigaba los excesos de la fuerza brutal era la de un extranjero; la justicia pareció y era muchas veces opresiva; de aquí que el protector fuera detestado como un tirano; nada más legítimo que este odio á la dominación extranjera. Si el individuo está obligado á someterse á la ley, las naciones no deben reconocer más superior que Dios. El imperio que un pueblo ejerce sobre otro, degenera siempre en violencia y tiranía; es un estado de cosas contra la naturaleza y que la naturaleza rompe tarde ó temprano.

N.º 2.—*Federico y la liga lombarda.*

Hasta los Hohenstauffn, la hostilidad de Alemania á Italia es una lucha ciega; los hombres del Norte invaden las bellas planicies de la Lombardia para hartarse de goces; el sentimiento nacional de los Italianos estalla en insurrecciones y en la resistencia opuesta á los emperadores en el momento de su coronación; pero estos combates no producen resultado; la Italia queda dependiente y oprimida; el rey de Alemania es el soberano de derecho, aunque le falte siempre fuerza para serlo en el hecho. Con los Hohenstauffn se eleva el carácter de la lucha, estableciéndose entre ciudades que aspiran á una libertad republicana y un emperador que pretende ejercer todos los derechos de la soberanía imperial; las ciudades italianas se aprovechan de la guerra á muerte que los papas hacen á la casa de Suabia, cuya caída trae consigo la disolución del imperio, y no quedan á los reyes de Alemania más que pretensiones á la corona de Italia, pues, en realidad, los Italianos son independientes.

Las ciudades de Lombardia fueron en un principio gobernadas, á nombre del emperador, por duques, condes y obispos; pero los derechos del rey no estaban determinados con precisión; rara vez se ejercía el poder real en toda su plenitud. La ausencia de los emperadores, y principalmente sus luchas con los príncipes alemanes ó con los papas, favorecieron las empresas de las ciudades italianas; á partir del adormecimiento de Enrique IV, la Italia quedó, por decirlo así, abandonada á sí misma, pues la guerra con el papado ab-

sui imperii vigor exigebat, secundum legem facere humanam et iudicare decrevit.»

sorbía todas las fuerzas del imperio. Encontrándose los Italianos verdaderamente sin jefe, realizaron por sí mismos sus destinos; se despertó el antiguo espíritu municipal, y con él una vida, un valor y una grandeza, que no se sospechaba siquiera en el resto de la Europa; y era natural que el espíritu de libertad que animaba las ciudades de la Lombardia diese nueva energía á la necesidad de independencia que agitaba á los Italianos: no más rey extranjero, no más Bárbaros, tal era el grito general (1).

Los sentimientos é intereses de Federico Barbaroja le hacían el enemigo irreconciliable de la libertad italiana; tenía él alta idea de la dignidad imperial (2); é imbuido del genio aristocrático del feudalismo, no comprendía nada del movimiento de las ciudades lombardas, no viendo en él más que la usurpación de un vil populacho (3); el valor mismo que inspiraba á aquellos plebeyos armados parecía á los dominadores alemanes una cosa contra la naturaleza (4); es preciso añadir que la causa del emperador se confundía con la de Alemania; Federico tenía á mucho honor mantener en Italia el imperio que Carlo-Magno y Oton habían conquistado por su valor (5), y el orgullo del conquistador halló un apoyo en el servilismo de los legistas; había entonces por el derecho romano un respeto que rayaba en idolatría; se acataba como razón escrita, todo lo que los ministros de Justiniano habían tenido por conveniente insertar en la compilación. El despotismo bizantino fué exaltado como un ideal por los jurisperitos de Bolonia; y en la célebre dieta de Roncaglia se hizo órgano de estos sentimientos el arzobispo de Milan: «Has tenido á bien, dice Federico, consultarnos sobre las leyes, sobre el honor y justicia del imperio; sabe, pues, que te está concedido el poder de es-

(1) Federico dice que los Italianos no querían ya la dominación extranjera: «Nolumus, decían, hunc regem super nos, nec Teutonici amplius dominabuntur nostri.» (PERTZ., *Leg.*, II, 116).

(2) «Ne imperialis dignitas ab indignis immineretur.» (RADEVICUS, *De gestis Friderici*, I, 14).

(3) Federico, en el llamamiento que dirige á los príncipes alemanes, dice: «Quia Medionalensium superbia jamdiu caput contra romanum erexit imperium, ne gloriam nostram plebs improba usurpare vel conculcare valeat.» (CURIA NORIMBERGENS., 1155. PERTZ., *Leg.*, II, 99).

(4) OTTON DE FRISINGA dice de las ciudades italianas: «Quoslibet contemptilium etiam mechanicarum artium opifices, quos ceteræ gentes ab honestioribus et liberioribus studiis tanquam pestem propellant, ad militiæ cingulum assumere non dedignantur.» (*De reb. gest. Frid.*, I, 13.)

(5) RADEVICUS (*De reb. gest. Frid.*, I, 27).

tablecer las leyes; tu voluntad forma derecho; porque está escrito: lo que place al príncipe tiene fuerza de ley, porque el pueblo le ha transmitido su poder; de este modo, todo lo que el emperador dice en una carta, todo lo que decide como juez y todo lo que ordena por edicto, se convierte instantáneamente en ley; ¿no es justo que las ventajas sean para el que tiene los inconvenientes? (1). Pues que el emperador, que tiene la carga de la protección, que tenga también el derecho de mandar á todos.» (2).

Los legistas de Bolonia usaban con Federico el lenguaje que habían empleado con Justiniano los cortesanos del Bajo-Imperio, sin apercibirse de que nuevos elementos habían modificado profundamente el mundo, habiendo un abismo entre las necesidades de los pueblos procedentes de la invasión de los Bárbaros y el espíritu de la antigüedad. La sociedad romana perece por haber abdicado todos sus derechos á los pies de un emperador. La humanidad moderna, regenerada ya por la sangre germana, no tolera el despotismo bizantino; y tan ávida de libertad como de igualdad, sabrá conquistar esos derechos del hombre, que una inmortal asamblea ha declarado inalienables é imprescriptibles.

El genio antiguo y el moderno se vuelven á reunir en Italia. Las ciudades lombardas aspiraban á la independencia, y Federico era el órgano de la majestad imperial, tal como la querían resucitar los legistas; la victoria se decidió primeramente por Federico, y usó de ella como acostumbraba el pueblo rey, de quien se decía heredero, cubriendo la Italia de sangre y de ruinas; Roma destruyó á Cartago, Corinto y Numancia; asistiendo Federico á la destrucción de Milan, ¿qué impresión causó en el emperador la desesperación de los Milaneses? «El pueblo entero, dice un testigo ocular, se postró en tierra, llorando y pidiendo misericordia. Un cónsul de Milan tomó la palabra en favor de tanto desgraciado, y á su voz todos se prosternaron de nuevo, levantando las cruces que tenían en las manos é implorando con gritos de dolor piedad por la gracia de Cristo; todos los presentes se conmovieron hasta el punto de derramar lágrimas;

(1) Singular aplicación del principio jurídico: «Commoda cujusque rei eum sequi quem sequuntur incommoda.»

(2) CURIA RONCALLE. *Oratio Archiepiscopi Mediolanensis.* (PERTZ., *Leg.*, II, 111).

pero el semblante del emperador permaneció impasible. Por fin, el conde de Blanebrate, con su cruz en la mano, dirigió sus súplicas á Federico en favor de sus conciudadanos, suplicando con él todo el pueblo, con el rostro en tierra; nadie podía contener las lágrimas; el emperador se mantuvo inquebrantable como una roca.» (1).

El pueblo rey no subyugó el mundo más que por explorarle. Parecía que los legistas resucitaron la ciencia del fisco con las leyes de Justiniano. Un autor contemporáneo, aunque parcial del emperador, confiesa que la oposición de los gobernadores imperiales era intolerable, y que pesaba sobre todos, grandes y pequeños, no ya con exacciones sino con expoliaciones y robos (2). La condición de los Italianos recuerda la más dura de las conquistas de la Edad Media, la de Inglaterra por los Normandos. Los Anglo-Sajones llamaron *libro del juicio final* al catastro que reguló su expropiación, y los Lombardos tuvieron el *libro de los dolores* (3). Federico estaba ausente, y los oprimidos no se atrevieron á quejarse, unos por temor y otros porque eran partidarios de los Alemanes. Cuando el emperador volvió, oyó las quejas; pero no hizo caso de ellas, nada cambió. La opresión era consecuencia fatal de la conquista (4).

Bajo el imperio soportaron los Romanos las exacciones del fisco y el despotismo sin pensar en resistir, y esto era la inercia de la decrepitud. Los Lombardos se reunieron y acordaron que valía más morir que vivir miserablemente bajo tanto oprobio (5); y confederándose las ciudades, se comprometieron á defender sus derechos contra cualquiera que quisiera atacarlos y á proteger á los que sufrieran algún perjuicio en la lucha por la libertad; entonces los gobernadores de Federico fueron arrojados, Milan restablecida, y vencido el emperador en Lignano, viéndose obligado á confirmar

(1) «Solus imperator faciem suam firmavit in petram.» *Epist. BURCHARDI, notarii Imperatoris, de excidio Mediolanensi.* (MURATORI, *Scriptores rerum italicar.*, t. VI, p. 917).

(2) OTTO MORENA, *Hist. Laudens.* (MURATORI, t. VI, p. 1127).

(3) SIRE PAUL, *Liber de gestis Friderici* (MURATORI, VI, 1190): «Et librum qui intitulatur TRISTIUM sive DOLORIS fieri fecerunt, in quo scripta erant omnia mansa et focularia, et juga bona Mediolanensium.»

(4) OTTO MORENA, *Hist. Laudens.* (MURATORI, t. VI, p. 1131): «Imperator, hæc audiens, multum se inde condolere in principio demonstravit, sed tamen in fine querimonias Longobardorum quasi vilipendens et pro nihilo habens, nihil inde fecit.»

(5) OTTO MORENA, *Hist. Laudens.* (MURATORI, t. VI, 1133): «Melius esse cum honore mori quam turpiter et cum tanto dedecore vivere.»

los privilegios de las ciudades lombardas en la paz de Constanza; sin embargo, esta paz no fué más que una tregua, puesto que los Italianos, aunque vencedores, no se atrevieron á reivindicar su independencia; su liga reconocía los derechos del emperador (1), y la paz de Constanza los consagró (2). Italia no era, pues, libre; la lucha volverá á comenzar, y no acabará sino por el aniquilamiento del poder imperial.

La batalla de Lignano ocupa un lugar muy preferente en la historia de la humanidad; es la primera victoria de la libertad moderna sobre el despotismo resucitado de Roma (3); nosotros la aplaudimos de corazón; pero no podríamos unirnos nunca á los historiadores que censuran á Federico Barbaroja como cruel tirano (4). Lo que se le podría echar en cara con un cronista de la Edad Media (5), sería una severidad inexorable, sin nada de la dulzura cristiana ni de la ingenuidad germánica; es una alma romana. Los Milanese y todos los Gibelinos son, á sus ojos, plebeyos insurrectos, y el emperador tiene el derecho y el deber de castigarlos, no creyéndose en Milan un vencedor, sino un juez (6); ¿quiere esto decir que se le deba imputar como un crimen al rey de Alemania y de Italia haber luchado como un héroe para conservar la dominación alemana sobre los Italianos? Carlo Magno y Oton habían conquistado la corona de hierro: ¿podía él abandonar cobardemente el fruto de sus victorias? (7). ¿Podía permitir que unas cuantas ciudades insultaran la majestad imperial y rompieran la unidad del imperio? Se dirá que los

(1) «Salva Imperatoris fidelitate.» (OTTO MORENA, en MURATORI, VI, 1935.)

(2) PERTZ, *Leg.*, II, 175-180.

(3) A. DE SAINT-PIERRE dice de la liga lombarda: «Para hallar algo más grande es necesario remontarse hasta la antigüedad: Lignano es tanto como Maraton» (*Historia de la conquista de Nápoles*, t. I, p. 100).

(4) LUDEN (*Hist. de los Alemanes*, lib. XXIV, c. XIV) censura en Federico una crueldad atroz, el olvido de todos los principios divinos y humanos.

(5) OTTO MORENA, *Hist. Laudens* (MURATORI, VI, 1227: «Malis terribilibus et quasi inexorabilibus.»)

(6) Federico dice á sus guerreros: «Non degeneres invenire nos debet inimica civitas in conservando quod antecessores nostri Carolus et Otto titulis Imperii addidere.» RADEVICUS, *De reb. gest. Frid.*, I, 27.

(7) FRIDERICI *Epistola ad Ivonem, comitem Suessionensem* (D'ACHERY, *Spicilleg.*, t. III, p. 536): «Universus populus civitatis (Medionalensis)... ad curiam nostram venerunt. non iudicium vel justitiam postulantes, sed, quia crucem meruerant, per crucem quam quisque manu gestabat, misericordiam suppliciter implorabant.» Federico añade que ha perdonado la vida á los Milanese: cree haber sido clemente limitándose á la destrucción de la ciudad.

derechos de Alemania sobre Italia no tenían más fundamento que la conquista y la violencia: es verdad; pero en el siglo XII no había más derechos que los de la fuerza; Federico, emperador imbuido por los legistas de ideas romanas, podía comprender la libertad tanto ménos cuanto que las disensiones sangrientas de las ciudades italianas más bien semejabán la anarquía que un movimiento regular y libre (1); no queremos con esto justificar la conducta de Federico, ni mucho ménos aún ponernos del lado del despotismo contra la libertad: se dice que las ciudades modernas se desgarraban entre sí; pero ¿á qué precio hubiera evitado aquellas querellas la autoridad del emperador? Á precio de la independencia y del libre desenvolvimiento de estas ciudades activas, que abren con un admirable impulso la era de la libertad moderna.

§ III.—Federico y el pontificado.

I.

La libertad italiana desempeña un papel secundario en la gran lucha del sacerdocio y del imperio; es verdad que el papa se decide por la libertad y que el emperador defiende su derecho imperial; pero la independencia ó la sujeción de Italia no es sino un instrumento para el papa y para el emperador; ¿por qué quiere Federico ser señor de Italia? Porque una vez dominada la península dominará la santa sede; el emperador dejará de ser vasallo del papa, y en cambio el papa lo será del emperador, por todo lo cual el papado no puede consentir que los emperadores establezcan una dominación durable en Italia, en cuyo caso los soberanos pontífices descenderían al rango de patriarcas griegos y no serían más que obispos dependientes de los caprichos del señor. El papa aspira á más altos destinos, y el interés de la humanidad está de acuerdo con su ambición; hé ahí por qué el papa se alía con las repúblicas lombardas, ó, por mejor decir, los Lombardos son los auxiliares providenciales del papado en la lucha que sostienen contra el imperio.

(1) Federico II decía: «Jure præfertur injuria, et voluntas justitiæ dominatur, dum quidam Italiae populi sceptrum conantur contemnere imperii, ac etiam propriæ commoditatis in memores, libertatis cuiusdam a vage luxuriam quieti juris ipsorum etiam quitati justitiæ prætulerunt.» (*Epistola adv. Reuelles Italica*, en BALUZE, *Miscellan.*, t. I, p. 452).

La división entre Federico Barbaroja y la santa sede comenzó con motivo de una palabra, prueba de que la hostilidad estaba en el fondo de las relaciones y no se esperaba más que una ocasión ó un pretexto para estallar. Adriano IV escribió al emperador: «Recuerda con qué benevolencia te recibió la santa sede el último año, con qué bondad te trató, qué plenitud de dignidades y honores te confirió concediéndote la corona imperial... No es esto que nos arrepintamos de haber satisfecho tus deseos en todo; si hubieses recibido de nosotros mayores beneficios todavía, nos regocijaríamos considerando los bienes que puedes proporcionar á la Iglesia y á nosotros» (1). La lectura de esta carta suscitó la indignación del emperador y de los príncipes alemanes; ¿no se decía á Adriano claramente que el imperio era un beneficio de la santa sede y que el emperador era vasallo del papa? Entonces se recordó que había en Letran un cuadro que representaba al emperador Lotario recibiendo la corona de manos del soberano pontífice y cuya inscripción era aún más injuriosa. *El rey se detuvo á la puerta; y después de haber jurado los derechos de Roma, quedó hecho vasallo del papa* (2). La irritación llegó hasta el furor cuando uno de los legados exclamó: «¿Y de quién, pues, tiene la corona sino del papa?» El conde palatino de Baviera estuvo á punto de romper la cabeza al orgulloso proconsul. El emperador se lamentó amargamente de Adriano en una carta-circular acusando al jefe de la Iglesia, á aquel á quien Jesucristo ha dado una misión de paz y caridad, de sembrar la perturbación y las disensiones; pintaba allí, en términos muy vivos, la arrogancia de los legados, su fausto y la vanidad de su corazón, y oponía á las pretensiones de la santa sede el orgullo de la majestad real: «La divina Providencia, fuente de todo poder en el cielo y en la tierra, es quien le ha confiado, á él su Cristo, el gobierno del imperio. El apóstol recomienda honrar á los príncipes; aquel, pues, que dice que el imperio es un beneficio del sacerdocio, se pone en contradicción con los mandamientos de Dios y es un artifice de mentiras. Federico no consentirá que el honor del imperio sufra nin-

gun ataque, prefiriendo morir á someterse á las presuntuosas exigencias del papa, que en vez de llevar con humildad la cruz de Cristo, quisiera hacer de emperador y distribuir coronas; pero el emperador no teme al sacerdote de quien se ríe la Italia, y la Alemania no bajará la cabeza ante la santa sede» (1).

Adriano, asustado de esta explosión de cólera, buscó un apoyo en el episcopado alemán: «No solamente Roma, dice, sino toda la Iglesia, está en peligro; apréstense los prelados de Alemania; que se resistan como una muralla para defensa de la casa del Señor;» pero con gran admiración de Adriano, los obispos se decidieron á favor de Federico, y escribieron al papa que su carta había llevado la perturbación al imperio, confesándole, con todo el respeto que debían al santo padre, que las palabras que había dirigido al emperador eran inauditas y que no podían de ninguna manera aprobarlas ni defenderlas. Los obispos estaban conformes con Federico respecto de las relaciones del sacerdocio y la monarquía; el emperador debe su corona, no al papa, sino á la elección de los príncipes y á la gracia de Dios: «Dios se ha servido del imperio para poner la Iglesia á la cabeza del universo, y ahora quiere la Iglesia destruir el imperio en su jefe. Se ha comenzado por la pintura, se añade ahora la escritura y se quiere erigir estas pretensiones en derecho; pero Federico no se someterá á ellas» (2). No pudiendo Adriano resistir al emperador, sostenido por los grandes, laicos y eclesiásticos, siguió el consejo de los prelados alemanes y escribió á Federico una carta melosa para templar su cólera (3). Era fácil al papa justificar las palabras que habían excitado tan violenta emoción; á nosotros, que las leemos á ocho siglos de distancia, nos cuesta trabajo comprender cómo el emperador y los príncipes han podido ver en la palabra *beneficio* una pretensión del papa á la soberanía del imperio (4). ¿Por qué, pues, esta suscepti-

(1) RADEVICUS, *De rebus gestis Federici*, I, 10.—*Epist. FRIDERICI ad Archiep. Trevir.*, en HONTHEIM, *Histor. Trevir.*, t. I, páginas 581-582.

(2) RADEVICUS, *De rebus gestis Federici*, I, 15 y siguientes.—MANSI, XXI, 790.

(3) Los obispos aconsejaban á Adriano: «Ut magnanimitatem filii vestri, sicut bonus pastor leniat, scriptis vestris scripta priora suavitate mellita dulcorantibus.»—RADEVICUS, I, 22, MANSI, XXI, 793.

(4) La palabra *beneficio* en la carta de ADRIANO no podía tener el sentido de *feudo*; está empleada en plural para significar los honores, los beneficios.

(1) RADEVICUS, *De rebus gestis Federici*, I, 9: «Et si majora beneficia Excellentia tua de manu nostra suscepisset.» MANSI, XXI, 789.

(2) RADEVICUS, *De rebus gestis Federici*, I, 10:

«Rex venit ante fores, jurans prius urbis honores, Post homo fit pape, sumit quo dante coronam.»